



COLABORACIÓN ESPECIAL

Navidad sangrienta

ANTONIO NAVALÓN

La última Navidad del año nueve, de la nueva era surgida tras el 11 de septiembre para los Estados Unidos y el mundo, acaba con un muy mal mensaje: se ha producido un fallo generalizado en el sistema de seguridad, que pudo hacer, durante unas horas, que las blancas navidades de Detroit fueran cubiertas por una lluvia de sangre, metal e inseguridad.

Como el presidente Obama ha tenido que reconocer —saliedo de unas amargas vacaciones en Hawai—, resulta inaceptable el fallo del sistema de seguridad norteamericano.

Desde el 9-11, Estados Unidos ha incrementado cada año fiscal al menos 50 mil millones de dólares su presupuesto de seguridad —más de 630 mil millones fueron aprobados por la administración demócrata para 2010—, con el objetivo de recuperar su tranquilidad.

La oportunidad que supone la libertad absoluta de su economía, importada por el resto del mundo tras el triunfo de la Segunda Guerra Mundial, se convirtió en uno de los principales puntos de debilidad no sólo de Estados Unidos, sino de los demás países desarrollados.

No hay ningún país que se pueda dar el lujo de vivir sin hacer uso de la aviación o las telecomunicaciones. Por eso, la Guerra Santa desencadenada contra Estados Unidos se ha centrado en dos fenómenos: eliminar todo atisbo de tranquilidad y de la posibilidad de volar con libertad a través de los aviones comerciales del mundo infiel y prescindir absolutamente de las telecomunicaciones para así burlar todos los elementos de seguridad que Occidente ha desarrollado, tales como interferir las líneas telefónicas e interceptar correos electrónicos y la correspondencia de cualquiera.

Lástima que sólo nosotros los infieles habíamos por teléfono, escribimos y mandamos mails o cartas, los otros, porque se les permite, usan el boca a boca o las palomas mensajeras; en cierto sentido es como la piedra de David contra el acero de Goliat pero al revés.

El acta patriótica aprobada para permitir a George Bush defender a una América aterrizada significó la mayor pérdida de sentido y una violación a la tradición constitucional de los Estados Unidos de América, por primera vez, la privacidad y los derechos individuales caían a los pies de un Estado que necesitaba defenderse contra todo, incluso contra los ciudadanos que lo conforman y sostienen.

Benjamín Franklin ya nos previno: todos los estados que tratan de defender su seguridad sacrificando su libertad pierden ambas cosas.

Los congresistas y senadores, muchos de

ellos de nuevo en Capitol Hill, sacrificaron la constitución norteamericana al aprobar dicha acta patriótica. Por eso es tan grave lo que estuvo a punto de suceder en Detroit a manos del joven terrorista Farouk Abdulmutallab.

Obama ha dicho que se llegará hasta las últimas consecuencias contra quien esté implicado. ¿Qué quiso decir? Naturalmente, habrá que averiguar por qué el funcionario que recibió la queja del mismo padre del joven terrorista sobre las amistades peligrosas del estudiante con Al Qaeda no lo colocó inmediatamente en la lista de las personas no admitidas para volar y cómo es la relación entre los distintos servicios de seguridad de Estados Unidos, que resulta posible que un sospechoso pueda abordar un avión y volar desde Schiphol, Ámsterdam con un falso calzoncillo que contenía un explosivo.

Y no es sólo el dinero gastado en la seguridad, son además las miles de horas sacrificadas en revisiones exhaustivas a quienes viajamos desde cualquier aeropuerto para al final descubrir que los sistemas fallan y que no es posible garantizar nuestra seguridad.

Si Obama coloca junto a este hecho la masacre de Fort Hood, Texas, sucedida en noviembre, donde Nidal Malik Hasan, un militar psiquiatra y además musulmán, que iba a ser enviado a Afganistán por lo que decide una mañana asesinar a trece de sus compañeros, entonces la pregunta surge: cuánto están logrando la Yihad y el terrorismo islámico salvaje penetrar nuestros propios tejidos sociales para podernos atacar desde los cuarteles internos o simplemente hacernos imposible tener un viaje en avión en paz.

Ni Estados Unidos ni sus aliados de Oriente y Occidente estaban preparados para entender la lógica de aquellos que después de no tener ninguna esperanza en la vida habían hecho de la posibilidad de morir y recibir en el paraíso que promete Alá la esperanza de otra vida. Además, que nunca, desde los japoneses, el mundo Occidental ha entendido lo que conlleva la potencia destructora de un ejército, los kamikazes, que están dispuestos a sacrificar el principio que hace posible cualquier elemento defensivo: su propia vida.

Cuando tu enemigo pone por delante su vida, difícilmente puedes contra él, pero cuando además duerme contigo, viaja en los aviones contigo y estudia junto a los hijos de la élite de tus amigos y de tu mundo, entonces ¿cómo te defiendes?

El reciente premio Nobel de la Paz tiene mucho qué reflexionar. Por muy bonito que haya sido su discurso en Oslo, debe saber que la gue-



Fecha 01.01.2010	Sección Opinión	Página 18
----------------------------	---------------------------	---------------------

rra en Afganistán será sucia y según su manera más común de actuar en la contienda los jefes talibanes seguirán asesinando por la espalda.

También debe saber que el terrorismo y la guerra religiosa a la que se enfrenta está hecha por la carne de la carne de los que, como él, vivieron entre dos mundos: el Occidental y el Oriental, el cristiano y el islámico. Ese es el mayor problema que plantea, además de la incompetencia, el dispendio y la incapacidad de las fuerzas de seguridad norteamericanas, la comprensión de esta guerra moderna.

Y ni qué decir de la OTAN o de los pobres países europeos penetrados hasta la médula por el enemigo extremo islamista en sus propias sociedades. No son sólo las bombas de los trenes de Madrid, no es sólo que el minarete de

la gran mezquita de Marsella es hoy ya el minarete religioso más alto de esa ciudad. No es sólo que los ministros franceses tengan que plantearse para qué sirvió desde 1789 la libertad, igualdad y fraternidad, si todo eso se puede tapar con una burka en el siglo XXI, donde no solamente se tape la virtud de las hijas, sino también los rasgos de los enemigos.

Occidente está perdiendo esta guerra porque no está entendiendo un hecho fundamental: que nuestro éxito depende acompañado de muchas cosas, el suyo sólo de una: destruir y matarnos a los infieles donde sea, como sea y cuando sea.

www.heroesdelcambio.com

http://twitter.com/antonio_navalon

Periodista